



Acción Familia

POR UN CHILE AUTÉNTICO, CRISTIANO Y FUERTE

Vivimos en los últimos momentos de un mundo que expira y ya vemos las señales precursoras de otro que nace: la Navidad tiene para nosotros un significado profundo, que debemos meditar.

Adveniat Regnum tuum

La decadencia moral que llevó a la destrucción del Imperio Romano tiene numerosas analogías con la situación del mundo contemporáneo. También la solución es la misma: el reinado de Nuestro Señor Jesucristo sobre los individuos y las instituciones.

En todas las épocas de la historia cristiana, la fecha de Navidad abre un remanso alegre y tranquilo en el curso normal y laborioso de la vida de todos los días.

La Navidad en nuestra época

Pero en nuestra época la tregua navideña asume un significado especial, porque equivale a un gran y universal “sursum corda”, deseado por una humanidad atormentada, que va sumergiéndose aceleradamente en el caos de la más completa disolución moral y social.

Nuestra época es un valle sombrío entre dos cumbres: la civilización del pasado, de la que decaímos a través de sucesivas catástrofes que comenzaron con la pseudo-Reforma y culminaron con los totalitarismos de derecha e izquierda; y la civilización del futuro, hacia la cual caminamos a través de luchas y sinsabores que llenan, a cada momento, de cruces nuestro camino.

Precisamente por eso, porque vivimos en los últimos momentos de un mundo que expira y ya vemos las señales precursoras de otro que nace, la Navidad tiene para nosotros un significado profundo, que debemos meditar.

Una promesa y una esperanza

El pueblo elegido esperaba la salvación por medio de un Mesías nacido



de la estirpe de David, según la promesa divina. Los demás pueblos de la tierra, no habiendo recibido mensajes divinos por medio de los Profetas, conservaban sin embargo una reminiscencia de la promesa de un Salvador, hecha por Dios a Adán y Eva. Y por eso también ellos mantenían, más o menos deformada, la esperanza tradicional de que un Salvador habría de regenerar a la humanidad pecadora.

Esta esperanza llegó a su auge en la época en que Nuestro Señor vino al mundo.

Una extrema decadencia

Como afirmó un historiador famoso, toda la humanidad se sentía vieja y gastada. Las fórmulas políticas y sociales utilizadas entonces, ya no correspondían a los anhelos y a la mentalidad de aquellos hombres. Un

inmenso deseo de reforma sacudía a distintos pueblos y la lucha de clases en Grecia, Italia, Fenicia y otros países estaba en ebullición.

La organización política se hacía cada vez más opresiva. Roma había dilatado por todo el mundo las fronteras de su Imperio y la Ciudad Eterna era en aquella época, no la reina, sino la tirana de toda la humanidad, a la cual ella sujetaba a las más injustas extorsiones para pagar las orgías de los patricios romanos. En todos los países el contraste entre riqueza y miseria era patente.

Por un lado, hombres riquísimos vivían en el fausto y en el lujo desordenado; por otro, una multitud de cesantes llenaba muchos barrios de las grandes ciudades de entonces.

Finalmente, como negro fondo de cuadro, millones y millones de esclavos, arrinconados en las bodegas de las naves, aparejados como animales en las carretas o uncidos sólidamente al arado, gemían bajo el yugo de una opresión que parecía no tener fin.

Una profunda corrupción de costumbres se extendía por todo el Imperio y arruinaba todas las instituciones. Los escándalos se multiplicaban en la más alta aristocracia y de ahí se extendían a toda la sociedad.

Fracaso de los intentos de reformas

Augusto intentó en vano reaccionar contra la creciente decadencia, pero sus leyes reformistas no surtieron efecto. En el seno de su propia familia las aberraciones más monstruosas se multiplicaban. Y todo el mundo sentía que una crisis inmensa amenazaba la

sociedad de una ruina inevitable.

Fue en este ambiente, mientras los hombres de Estado y los moralistas de la época discutían gravemente sobre tantos y tan insolubles problemas que, en el establo de Belén, en medio de una noche profunda, rayó para el mundo la salvación.

Es posible que, en el momento exacto en que el Salvador nació, el emperador romano estuviese en su palacio entregado a las más amargas reflexiones que le sugerían el fracaso de su política moralizadora.

Es posible que, a poca distancia de la casa imperial, se prolongase hasta la madrugada alguna de aquellas descabelladas orgías que eran el tema obligatorio de los “chismes” de la época.

Una Luz iluminó las tinieblas

Ni el genial emperador, ni los sibaritas que pervertían la sociedad imaginaban lo que en aquel momento sucedía en Belén. No, no era en el palacio imperial, ni en las orgías de los plutócratas, ni en los conciliábulos de los conspiradores, donde se estaba decidiendo el destino del mundo. La sociedad del futuro, con la solución perfecta y completa de los más fundamentales problemas de la época, nacía en Belén, y era de las manos virginales de María, de las que el mundo recibía al Mesías que habría de redimirlo con su sangre y reorganizarlo con su Evangelio.

¿Cuál es la lección principal que debemos sacar de esto?

Nuestro Señor Jesucristo es la única solución

En primer lugar, así como para la humanidad del tiempo de Augusto la solución de los más intrincados problemas sociales y políticos no fue encontrada a no ser en Cristo; también en nuestra época, sólo en la Iglesia Católica –Cuerpo Místico de Nuestro Señor Jesucristo– es donde debemos

concentrar nuestras esperanzas.

Es posible que, imitando inconscientemente la vigilia de Augusto en la noche de Navidad, muchos Césares modernos (¡qué diferencia de envergadura entre el César auténtico y los de hoy en día!) hayan pasado la noche de Navidad volcados sobre sus mesas de trabajo –indiferentes a la piedad de las multitudes que rezan en las iglesias– pensando en los medios para sacar del atolladero de la crisis contemporánea a sus atribuladas patrias.

Es posible que esa misma noche, las desatinadas orgías en muchas discotecas modernas –“palacios” que el mundo de hoy erige en honra de su propia corrupción– rompan el silencio de la noche con el sonido de las músicas profanas del “reveillon”. Es posible que muchos conspiradores estén tramando la revolución y la guerra,

perar la salvación exclusivamente de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Las súplicas de María

Pero hay aún otra reflexión de mayor utilidad.

Todos los teólogos son unánimes en afirmar que si la salvación rayó para el mundo en aquella época, lo debemos a las oraciones omnipotentes de María, quien consiguió anticipar el día de la venida del Mesías. Nadie puede decir cuántos y cuántos siglos habría tardado aún la Redención sin las oraciones de María.

Por lo tanto, la reorganización del mundo, no vino de aquellos que, en tiempos de Augusto, se agitaban en las plazas públicas o en los conciliábulos políticos para conseguirla. Ella



en el silencio de la noche, mientras el pueblo conmemora el nacimiento del Príncipe de la Paz.

A pesar de todo esto, no es de los nuevos “césares”, ni del conspirador de nuestros días y, mucho menos, de la sociedad que se corrompe en las discotecas, que nos vendrá la salvación. Si somos católicos, debemos es-

vino de la oración humilde y llena de confianza de la Virgen María, completamente ignorada por sus contemporáneos, y que llevaba una vida contemplativa y solitaria, en el pequeño rincón, donde la Providencia le hizo nacer.

Papel de la oración y de la contemplación

Sin querer con esto rebajar el papel de la vida activa, es necesario reconocer que fue por medio de la oración y de la contemplación, que se anticipó el momento de la Redención. Y que los beneficios que el genio de Augusto y el tino de todos los grandes generales y administradores de su tiempo no consiguieron dar al mundo, Dios los dispensó por medio de María Santísima. No benefició más al mundo quien más estudió, ni quien más actuó, sino

quien más y mejor supo orar.

Así, con una suave y austera lección, termina esta breve meditación de Navidad. Es sobre todo de las almas elegidas que Dios llamó al estado sacerdotal o al religioso, que puede depender la anticipación o el retraso de la restauración del reinado social de Nuestro Señor Jesucristo.

Conscientes de la grandeza de esa misión, los seglares que militamos por

la Iglesia, debemos hacer una oración junto al pesebre del Niño Dios: “Domine, adveniat Regnum tuum”.

“Señor, venga a nosotros tu Reino”. Que lo realicemos en nosotros, para que después, con vuestro auxilio, lo hagamos también a nuestro alrededor.

Texto adaptado de Plinio Corrêa de Oliveira, en “O Legionário” N° 328 – 25 de Diciembre de 1938.

Al aproximarse la santa Navidad, nuestro recuerdo se vuelve agradecido hacia todos aquellos que nos han apoyado a lo largo de este año que se termina. Queremos manifestarles nuestro más sincero reconocimiento.

A los pies del Divino Infante y de su Madre Santísima, encomendamos a todos nuestros amigos – y a sus respectivas familias – que con tanta generosidad y sacrificio, colaboran en defensa de la Institución familiar en Chile.

Pedimos a la Santísima Virgen que les haga experimentar el refrigerio, la luz y la paz que emanan del Portal de Belén, y que esas gracias les acompañen durante el Nuevo Año que vamos a comenzar.

La Directiva de Acción Familia



El sobresalto del sentido común

Imagine el lector que está pasando por una de sus peores y más largas pesadillas.

En ella, ve que todos los esfuerzos realizados para asegurar un futuro tranquilo a su familia se evaporan; peor aún, la educación a sus seres más queridos, sus propios hijos, es absorbida por un monstruo, que Ud. no consigue identificar claramente, pero que le roba el derecho de educarlos; y, como si todo eso fuera poco, la querida Iglesia donde Ud. se casó y bautizó a sus hijos arde en medio de las llamas producidas por una orgía delirante y satánica.

Ud. no sabe bien por qué, pero su misma cédula de identidad, se empieza a desteñir, y donde dice “República de Chile” y está impresa la bandera nacional, aparecen unas banderolas multicolores que Ud. no reconoce. El mismo suelo, sobre el que Ud. creía poder caminar con tranquilidad, se hunde bajo el peso de sus pies y el territorio nacional se descuartiza en “soberanías autónomas” donde se hablan lenguas “plurinacionales” que Ud. no comprende.

Lo más kafkiano de esta pesadilla es que ella se alarga indefinidamente, pareciendo no tener fin y dando la impresión de que no se trata de un mal sueño, sino de una pésima realidad.

Esta fue la pesadilla que sufrimos todos los chilenos de orden, desde el 18 de octubre del 2019 hasta el 21 de noviembre de este año.

Las elecciones de noviembre pasado tuvieron el mismo efecto lenitivo, de alivio y reposo, de quien despierta en el peor momento de una interminable pesadilla. Precisamente, cuando parecía que el Chile auténtico y cris-

tiano que amamos, estaba condenado a desaparecer para siempre.

No vamos a comentar los resultados de las elecciones. Ellos están a disposición de todos.



Lo más kafkiano de esta pesadilla es que ella se alarga indefinidamente, pareciendo no tener fin y dando la impresión de que no se trata de un mal sueño, sino de una pésima realidad.

Quien despierta de una pesadilla no revisa su cuarto, ni ordena la cama donde dormía. Sólo constata que, lo que parecía devorarlo, no era sino un mal sueño y que ha vuelto el sentido común.

¿Cuál es ese sentido común?

Es la constatación de que Chile no es una nación de izquierda, ni está condenado a ser una nueva colonia del comunismo venezolano o nicaragüense.

Al contrario, cerca de la mitad de la población mostró con su voto que aspira a la restauración del orden cris-

tiano y de todo aquello que nos distinguió en el concierto de las naciones en un pasado no tan lejano.

Más aún, de acuerdo a las propias palabras del candidato triunfante,

“lo primero, lo primero que corresponde, es darle gracias a Dios (...) y después de Dios, darle las gracias a mi familia”.

El abanderado José Antonio Kast supo escoger las dos causas que le obtuvieron su triunfo: Dios y la familia.

Precisamente lo que la izquierda prometía sepultar para siempre: Dios, la familia, la tradición nacional, el valor del esfuerzo individual y el respeto a la propiedad alcanzada con ese trabajo personal.

Esta fue la gran batalla que se trabó en la primera vuelta presidencial. Ella

fue ganada por un despertar del sentido común.

II Vuelta: Comunismo vs anticomunismo

Sin embargo, las elecciones pasadas, si bien que constituyeron un triunfo, están lejos de haber conquistado la paz.

Nos acercamos a la segunda vuelta que tendrá lugar en pocas semanas más. A diferencia de la primera, quien tendrá la voz cantante de la izquierda será el Partido Comunista.

No es un misterio que el programa de la coalición de izquierda fue redactado por el Partido Comunista, y que éste ya amenazó a Boric, por la voz del alcalde comunista, Jadué: “El día en que Gabriel (Boric) se tuerza un milímetro de la línea del programa, me van a tener a mí primero en la lí-

nea de denuncia y cobrándosela.”

En consecuencia, quien vote por Boric, en la segunda vuelta, no podrá ocultar para su conciencia que estará apoyando la subida del comunismo al Gobierno.

La última palada sobre la tumba del kerenskismo.

Para concluir con estas consideraciones, observamos la quizá definitiva desaparición de la Democracia Cristiana. Provoste sacó menos votos que el candidato ausente, Parisi.

Los candidatos electos para representantes de la Democracia Cristiana también disminuyeron sensiblemente, limitándose sólo a 8 diputados, la cifra más baja de su historia.

Sin embargo, lo que no disminuyó en la DC fue su espíritu “kerenskia-

no”. La abanderada Provoste declaró, al reconocer su derrota que “no permitirá el avance del fascismo representado por José Antonio Kast”.

Lo que, en otras palabras, no es sino lo mismo que sostuvo Frei Montalva:

“Hay algo peor que el comunismo, es el anticomunismo”.

Ya lo decían los romanos: “talis vita, finis ita” (tal vida, tal fin).

Hacemos votos para que los miembros de ese Partido, que aún conserven algo de cristiano, no sigan los consejos de sus cúpulas partidistas, que causaron esta derrota, sino la sentencia de Quien nos enseñó “No se puede servir a dos señores, porque aborrecerá al uno y amará al otro” (San Mateo 6:24).

Los objetos preciosos y la doctrina católica

«Sería injusto condenar la producción y el uso de objetos preciosos, siempre que ellos correspondan a un fin honesto y de acuerdo con los preceptos de la ley moral.

“Todo cuanto contribuye al esplendor de la vida social, todo cuanto resalta sus aspectos jubilosos o solemnes, todo cuanto hace resplandecer en las cosas materiales la perennidad y la nobleza del espíritu, merece ser respetado y apreciado».

(Pío XII, Discurso de 9 de noviembre de 1953, al IV Congreso Nacional de la Confederación Italiana de Orfebres, Joyeros y Afines – Discorsi e Radiomessaggi, vol XV, pag. 462)



Alimentos preparados con esmero, una receta para la caridad

Se tornó común escuchar, incluso en familia, la siguiente exclamación: “¿Cocina? ¡Es cosa del pasado! El tiempo de las mañanas trabajosas junto al fogón, preparando platos rebuscados, es cosa del pasado. La simplificación se impone, los minutos son preciosos”.

Muchos piensan que el esmero en la preparación, la selección de las recetas e ingredientes, son desvelos inútiles. Opinión perjudicial para todos, pues no considera que la buena cocina denota la dedicación y el afecto indispensables para mantener la unión de la familia. Padres e hijos se consideran estimados al notar el cuidado en la preparación de los platos. Las comidas crean un ambiente capaz de influir en las relaciones personales.

* * *

La mesa es un fiel espejo del cariño de la esposa y madre. Uno de mis amigos, Pedro Luis, se casó cerca de los 40 años. Mientras estaba soltero vivía con su madre, y ella le preparaba un almuerzo para llevarlo a la oficina donde trabajaba. Cada día los sándwiches eran

diferentes, con bastante mantequilla, para ser consumidos con jugos de frutas frescas. Ella misma hacía los bizcochos o queques para el postre del hijo. Los colegas sentían el olor del buen



café que salía del termo. Vaso, taza y cubiertos estaban ajustados en una cajita de cuero, todo envuelto en una gran servilleta de lino blanco, immaculado, que le servía de mantel.

Ninguno de sus colegas tenía algo semejante. Ellos comían sus sándwiches envueltos en papel común y tomaban café en vasos de plástico, pero veían con delicias a Pedro Luis tomar su rápido almuerzo.

Entre tanto, a partir de cierto día, Pedro Luis co-

menzó a retirar de una bolsa de plástico sándwiches comprados en un supermercado. Como postre, una tableta de chocolate. Su café pasó a ser el de la máquina de la oficina. Y así pasaron

tres, cinco días, con un Pedro Luis silencioso, masti-cando su vulgar merienda. Allá por el quinto día, uno de sus colegas le preguntó:

– “Pedro, ¿Qué pasó? ¿Te casaste?”

– “No, todavía no”.

La madre estaba en el hospital por algunos días, curándose de un reumatismo.

He ahí como una simple comida transmite un men-

saje de atención o de falta de afecto. Los colegas de Pedro Luis lo percibieron, y explicitaron una triste realidad actual: frecuentemente ciertas esposas, incluso diligentes, toman con negligencia los cuidados de la mesa.

* * *

Se engañan los que creen que la Iglesia, para evitar la gula, tomó el partido del ayuno y de la abstinencia como regla general para la sociedad. Estos son justos y necesarios en los tiempos y condiciones propios a él destinados. Sin embargo, la Iglesia desde sus primeros siglos favoreció la elaboración de recetas culinarias como factor de perfeccionamiento de los pueblos.

Los benedictinos de la abadía de Cluny, en Borgoña, tomaron como un deber el crear recetas para la preparación de pescados, huevos y verduras. (Ellos se abstenían de la carne). Cada día era servido un menú diferente en el gran refectorio de los monjes, lo que les obligó a reflexionar sobre los sabores y posibilidades alimenticias, saliendo así del primitivismo en que se encontraba la culinaria pa-

gana. De Cluny datan los primeros libros de recetas, destinados a la educación de los pueblos todavía impregnados de barbarie.

Al penetrar los secretos gustativos de la Creación, los monjes sabían que sus buenos platos, al agrandar al cuerpo, suscitarían virtudes del alma. Tenían en vista los deleites del maná, dado milagrosamente a los judíos en el desierto, cuando se dirigían a la Tierra Prometida. Especulaban sobre la excelencia del vino ofrecido por Nuestro Señor Jesucristo en las bodas de Caná: ¿No manifestaba Dios así el deseo de que los hombres también buscasen refinados sabores? ¿No generarían así en las almas movimientos virtuosos, análogos a las sensaciones gustativas del paladar?



Con la proliferación del MacDonalD's y del fast food, la preparación de los platos deja de tener en vista a las almas y a la convivencia humana

En ese sentido, Plinio Corrêa de Oliveira, en su obra *Revolución y Contra-Revolución*, comenta que “Dios estableció misteriosas y admirables relaciones entre ciertas formas, colores, sonidos, perfumes, sabores y ciertos estados de espíritu. Las artes pueden influenciar de modo intenso las mentalidades”.

En la Edad Media –época católica por excelencia– existía en las abadías la costumbre de los grandes banquetes. Soberanos y monjes (estos en gran parte procedían de la nobleza) repartían así dones de Dios elaborados por el buen gusto. La sacralización de los ritos de los almuerzos llevaba a la unión espiritual,

apaciguando los ánimos y disminuyendo las querellas. Los monjes elaboraban delicias por un deber de caridad, y junto con ellas una etiqueta, y con la etiqueta la elevación de las costumbres. La conversación y la cortesía se perfeccionaban. Se formaban en esa convivencia los ritos de la sociedad civil, que hicieron de Europa un modelo de civilización. ¿No es esa la más alta finalidad del acto de comer?

Casi todas las herejías bajo pretexto de oponerse a la gula y promover la austeridad, combatieron la calidad de los platos “a los cuales la Iglesia dio un alma”. Lutero, a pesar de ser un notorio glotón, fue de los que más demolió esta tradición.

En su excelente obra *Gastronomie française*, Jean-Robert Pitte muestra como “la tendencia sensual de Lutero no impidió a la Reforma Protestante – y más aún a la calvinista – de optar por la austeridad.

Para comprenderlo, es necesario relacionar

la actitud moral de los protestantes con la negación del Sacramento de la Confesión, que los obliga a vivir en sobresalto, manteniendo sus adeptos en constante inquietud”. Esta afirmación puede parecer sorprendente, pero es verosímil, pues la inquietud causada por el rechazo del Sacramento de la Confesión y la consecuente falta de certeza sobre el perdón, lleva al protestante a buscar una falsa austeridad, renunciando a un placer no sólo lícito, sino necesario para la elevación espiritual, como es la buena mesa.

En la película “Le diner de Babette” (La cena de Babette, pre-

miado en Cannes en 1987), se encuentra un ejemplo simbólico de los males causados por el protestantismo a la culinaria cristiana, y en consecuencia a la convivencia social.

La evolución de esa actitud pesimista de los protestantes desembocó en nuestros días en la comida enlatada o en polvo, en la proliferación de MacDonalD's y en el fast food. La preparación de los platos deja de tener en vista a las almas y la convivencia humana, tornándose alimentación en masa. Se abandona el horno y el fogón, y se adopta la “línea de montaje alimenticia”, en la que las personas van en fila rellenoando su bandeja, a la moda de las grandes fábricas. Es un tipo de alimentación que representa el triunfo de la materia sobre el espíritu.

* * *

Se cuenta que un francés, aficionado a la mesa, preguntó a un amigo si deseaba comer algo. Este le respondió: “No, no tengo hambre”. A lo que el francés replicó: “¿Pero Usted sólo come cuando tiene hambre?”

La concepción de muchos franceses, según la cual el buen plato alimenta sobre todo la convivencia de las almas, tiene mucho de verdadero. Con el fast food las formas de respeto por la dignidad del prójimo tienden a desaparecer.

Autor: **Nelson Fragelli**

(Texto adaptado)

Acción Familia

por un Chile auténtico, cristiano y fuerte

Página Web: <https://www.accionfamilia.org>

Tel: 22206 9639

E-Mail: contacto@accionfamilia.org

Redacción: Comisión de Estudios de Acción Familia

Responsable legal: Juan Antonio Montes Varas

Impreso en: Grafimpres, Ltda.